

9
"Desarrollo y cambio"

Gordon Allport

5. EL DILEMA DE LA SINGULARIDAD

La personalidad es menos un producto terminado que un proceso fluyente. Si bien tiene algunos rasgos estables, está al mismo tiempo sufriendo continuamente el cambio. Es este curso del cambio,

del desarrollo, de la individuación, lo que ahora nos preocupa en especial.

El primer hecho que nos llama la atención es la singularidad, tanto del proceso como del producto. Cada persona es un idioma en sí misma, una aparente violación de la sintaxis de la especie. Un idioma se desarrolla en su contexto peculiar y propio, y este contexto debe ser comprendido con el fin de entender el idioma. No obstante, los idiomas no son enteramente anárquicos ni arbitrarios; en efecto, ellos pueden ser conocidos por lo que son, sólo comparándolos con la sintaxis de la especie.

Actualmente, la formación científica de los psicólogos los lleva a buscar los procesos universales comunes a la especie y a descuidar la pauta dialectal del proceso de evolución. Mientras pueden decir que su objeto es la personalidad humana, sus hábitos los conducen a estudiar la mente-en-general antes que la mente-en-particular.

No se trata de que los psicólogos no estén interesados en Juan, en la persona, sino, simplemente, de que sus hábitos de pensamiento los llevan a separar de la naturaleza de Juan un segmento particular para su estudio. La cirugía se realiza por medio de la inserción de algunos instrumentos cortantes universales sobre el cuerpo de Juan. Una incisión se refiere, podríamos decir, a la "necesidad de éxito", otra al "cociente de inteligencia". No se considera que estas incisiones se entrecruzan dentro de Juan, sino que se las ve como propiedades equivalentes que se entrecruzan en distintas personas. El resultado es que habitualmente percibimos la personalidad de Juan como un diagrama dibujado en un conjunto de coordenadas externas,

carentes de interrelaciones, de duración en el tiempo, de movimiento, de vida, de variabilidad, sin singularidad. Nuestros métodos de análisis nada nos dicen acerca de lo que es peculiar de Juan.

Es cierto que la rama de la psicología llamada "clínica" espera lograr una coincidencia de Juan con las propiedades abstraídas de él. Intentan rescatarlo del cúmulo de promedios estadísticos. Pero se topa con dificultades por dos razones. En primer lugar, como lo hemos dicho, las dimensiones universales empleadas en el diagnóstico de Juan pueden no guardar relación con su personalidad. Quizás él no haya tenido "necesidad de éxito", sino sólo una peculiar y singular necesidad de dominación exhibicionista. La dimensión empleada no capta para nada el colorido preciso de su motivación. En segundo lugar, tenemos todavía pocos instrumentos para determinar la mutua interrelación de las dimensiones. Entonces sólo descubrimos que Juan está en el décimo percentil en cuanto a la "necesidad de éxito", en el cincuenta en cuanto a la capacidad de "manipulación espacial", en el percentil ochenta y uno en cuanto a "respuestas comunes" al test de Rorschach. Tales trozos de información componen la mayoría de los informes clínicos. Pocas veces esos trozos de información se intersecan. Estamos todavía en la oscuridad en lo referente al nexa que mantiene unida la vida de Juan. En gran medida, nuestra dificultad se relaciona con el hecho de que los elementos empleados en nuestro análisis no son verdaderas partes del todo original.

Pienso que no es útil responder que la ciencia, por su misma naturaleza, es impotente para considerar el proceso dialectal de desarrollo y cambio.

Si ha de existir una ciencia de la personalidad, ella tendrá que proceder mejor que lo que ha hecho hasta ahora, con el rasgo de la personalidad que resulta más sobresaliente: su manifiesta singularidad de organización.

Tampoco es útil refugiarse en el ejemplo de otras ciencias. Se nos dice que toda piedra en el campo es única, lo mismo que cada uno de los zapatos viejos guardados en el ropero y que cualquier barra de hierro, pero que esta ubicua individualidad no afecta las operaciones ni el progreso de la ciencia. El geólogo, el físico, el zapatero, proceden a aplicar leyes universales y el accidente de la singularidad no tiene importancia para su trabajo. La analogía no es convincente. Piedras, zapatos viejos, barras de hierro son cosas puramente reactivas. No cambiarán a menos que sean manipuladas. Son incapaces de desarrollarse y cambiar. ¿Qué ocurre entonces con la singularidad en el reino de la biología, donde, además de la reactividad, cada planta manifiesta su capacidad para autorrepararse, autorregularse y adaptarse? Una hoja de árbol es grande, otra pequeña, una deformada, otra sana. No obstante, todas obedecen a leyes ciertas del metabolismo y de la estructura celular. Sólo en nuestros momentos estéticos nos interesamos por la configuración precisa, la forma, el tamaño o la individualidad de una hoja, una planta o un animal dados.

Pero aquí también la analogía es débil. A diferencia de las plantas y los animales inferiores, el hombre no es meramente una criatura de estructura celular, tropismo e instintos; no vive su vida repitiendo con variaciones triviales la pauta de su especie. La considerable inversión de fondos

que la Naturaleza ha hecho en la individualidad se destaca sobre todo en el *homo sapiens*. Si bien podemos reconocer diferencias individuales entre los perros, o variados estilos de temperamento entre las ratas, sus vidas, en todas sus particularidades esenciales, están reguladas por su pertenencia a una especie. Sólo el hombre tiene la capacidad de variar ampliamente sus necesidades biológicas, añadiendo a ellas innumerables necesidades psicogénicas que reflejan, en parte, su cultura (ninguna otra criatura tiene una cultura) y en parte, su propio estilo de vida (ninguna otra criatura se preocupa por su estilo de vida).

En consecuencia, la individualidad del hombre se extiende infinitamente más allá de la mezquina individualidad de las plantas y los animales, que son primaria o exclusivamente criaturas del tropismo o el instinto. Se abren inmensos horizontes para la individualidad cuando billones de células corticales se agregan al magro equipo neural de las especies inferiores. El hombre habla, ríe, se aburre, crea una cultura, reza, tiene un preconocimiento de la muerte, estudia teología y se esfuerza por mejorar su propia personalidad. La infinitud de las pautas resultantes no puede hallarse, evidentemente, en las criaturas del instinto. Por esta razón deberíamos tener gran cautela cuando extrapolamos las afirmaciones, métodos y conceptos de la ciencia natural y biológica para aplicarlas a nuestro objeto de estudio. En particular deberíamos rechazar el traslado de la indiferencia de otras ciencias frente al problema de la individualidad.

La emulación de una ciencia más antigua nunca crea una nueva ciencia. Es sólo una inextinguible

curiosidad acerca de algún fenómeno persistente de la naturaleza lo que lo consigue. Sostengo que la individualidad es un objeto legítimo de curiosidad, especialmente en el nivel humano, porque es aquí donde nos vemos sobrecogidos por este particular fenómeno natural. Me atrevo a opinar que todos los animales del mundo son psicológicamente menos distintos entre sí de lo que un hombre es respecto de otros.

Existen, por cierto, muchas áreas de la psicología donde la individualidad no interesa. Lo que se desea es el conocimiento acerca de promedios, acerca de la mente humana en general o acerca de tipos de personas. Pero cuando estamos interesados en encaminar o predecir la conducta de Juan, o en la comprensión de las cualidades peculiares de Juan, necesitamos trascender las limitaciones de una psicología de la especie y elaborar una psicología más adecuada del crecimiento personal.

Las líneas generales necesarias de la psicología del desarrollo y el cambio sólo pueden descubrirse mirando dentro de nosotros mismos, porque es el conocimiento de nuestra propia singularidad lo que suministra los primeros y probablemente los mejores indicios para adquirir ordenadamente un conocimiento de los otros. Por cierto, deberíamos precavernos contra la falacia de la proyección: precisamente el suponer que otras personas tienen estados mentales, intereses y valores exactamente iguales a los de nosotros. No obstante, es por medio de la reflexión sobre los factores que parecen vitales en nuestra propia experiencia del desarrollo y el cambio, como identificamos los problemas esenciales. Cuando nos preguntamos a nosotros

mismos acerca de nuestro propio curso de crecimiento, nos vienen a la mente problemas como los siguientes: la naturaleza de nuestras disposiciones innatas, la impresión de la cultura y el ambiente sobre nosotros, nuestra autoconciencia emergente, nuestra conciencia, nuestro estilo de expresión en gradual desenvolvimiento, nuestras experiencias de elección y libertad, nuestro manejo de conflictos y ansiedades, y finalmente, la formación de nuestros valores, intereses y objetivos más maduros. Si bien muchos de estos temas reciben un tratamiento ocasional en la psicología moderna, rara vez son examinados en relación recíproca, tal como intentaremos hacerlo ahora.